

XXV Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología
22-26 DE AGOSTO DE 2005 - PORTO ALEGRE, BRASIL.
Grupo de Trabajo 19: *REESTRUCTURACION PRODUCTIVA,
TRABAJO Y DOMINACIÓN SOCIAL*

ARGENTINA SIGLO XXI: SEGREGACIÓN Y NUEVA MARGINALIDAD EN TIEMPOS
DE CAMBIO SOCIAL

Agustín Salvia¹

¿Cómo caracterizar al conjunto heterogéneo de formas marginales de autogestión económica y modos de acción política que se han ido instalado en el escenario social de crisis de la Argentina del nuevo siglo? ¿A qué totalidad social inteligible cabe vincular las acciones colectivas que encarnan las empresas recuperadas, las organizaciones sociales de desocupados, las asambleas vecinales, las cooperativas populares, entre otras manifestaciones de poder y afirmación de reivindicaciones políticas, económicas y sociales?

Desde un amplio campo de la investigación social se define a estos emergentes bajo el nombre de "economía social" o "economía popular", asignándoles un papel importante en la construcción de una "nueva matriz política" o en la generación de "artefactos" de la lucha social, o, incluso, como una nueva "utopía del desarrollo", capaz de resolver lo que la economía de mercado no puede solucionar. Ahora bien, este trabajo propone una lectura alternativa, a partir de lo cual tales emergentes adquieren un sentido distinto²: estas supuestas nuevas manifestaciones sociales serían -antes que otra cosa- las expresiones de una *economía política de la pobreza*.

En tal sentido, se sostiene la hipótesis de que el principal efecto agregado de este despliegue de micro estrategias de subsistencia es la emergencia de un heterogéneo, políticamente activo y socialmente segmentado *sector informal*, que lejos de plantear una nueva utopía política o económica, reproduce de manera ampliada una matriz socio-política cada vez más polarizada y fragmentada. La reproducción ampliada del fenómeno cabe ser explicada por la efectividad que logran los métodos de acción basados en reglas de reciprocidad colectiva. De esta manera, sin dejar de constituir un tipo particular de expresión contestataria contra el sistema económico y social, estas construcciones sociales parecerían desempeñar un cometido fundamental: funcionar como recursos de subsistencia en un contexto de crisis y regresión de los mecanismos tradicionales de movilidad social.

¿Esto implica negar el papel de estas formas sociales en el cambio social? No,

¹ Investigador del CONICET, coordinador del grupo de investigación Cambio Estructural y Desigualdad Social con sede en el Instituto Gino Germani de la Universidad de Buenos Aires e investigador jefe del Observatorio de la Deuda Social Argentina en el Departamento de Investigación Institucional de la UCA. E-mail: agsalvia@mail.retina.ar

² El objetivo de toda investigación científica es remitir los dominios indiferenciados de lo observable a categorías teóricas desde las cuales lo real pueda ser organizado de un modo particular y concreto en función de reducir la complejidad a ideas que el pensamiento pueda identificar y proponer como núcleo inteligible del fenómeno que se considera.

de ninguna manera. El heterogéneo entramado de estrategias, de representaciones y de prácticas que convocan las *economías de la pobreza* parece constituirse en un importante factor de cambio. ¿Pero cuál es el sentido de este cambio? ¿qué tipo de innovación generan o hacen posible estos métodos colectivos de reproducción social en el actual contexto del capitalismo argentino?

Hasta donde sabemos el cambio social -más allá del deseo de los actores- no tiene un signo predeterminado, ni mucho menos puede ser definido a partir de las intenciones de sus protagonistas interesados. Las formas sociales nunca son la expresión de la voluntad de los actores -ni siquiera la del actor triunfante-, sino la construcción histórica de un proceso que podemos suponer se encuentra, por un lado, organizado de algún modo reconocible (obligado a funcionar bajo composiciones y reglas de integración social aceptadas), y, al mismo tiempo, abierto a la innovación en función de resolver el conflicto (obligado a funcionar bajo condiciones de incertidumbre e improvisación en donde el estado futuro del sistema no está predeterminado).

Cualquiera sea el punto de partida, el proceso social es siempre un orden en conflicto, significado de manera ideológica por los sujetos, abierto a la construcción social interesada y polivalente en cuanto a las consecuencias sociales de su desarrollo. Un orden frente al cual -para su reconocimiento- resulta necesario abandonar toda ilusión en cuanto a la transparencia del lenguaje y de los signos utilizados. Al mismo tiempo que -con el objeto de no vernos engañados por nuestras propias expectativas o temores- resulta conveniente que las evidencias específicas sobre procesos emergentes sean priorizadas -siguiendo las recomendaciones de R. Boudon (1984)- por sobre las representaciones generales y previas del fenómeno tomado en su sentido global.

Siguiendo este enfoque, este trabajo recoge hallazgos y observaciones que han generado una variedad de estudios de caso (la mayor parte de los cuales se reúnen en este libro). La principal finalidad es poner a consideración algunos interrogantes que alienten una lectura algo más "desideologizada" acerca del papel de las economías sociales para el actual proceso económico y político que atraviesa la sociedad argentina. Sin duda, se trata todavía de un conjunto de preocupaciones que constituyen un cuadro parcial e incompleto de una tesis que merece un mayor desarrollo.

¿Una *vieja* nueva matriz de marginalidad social?

La relación entre los derroteros económicos ocurridos en la Argentina a fines del siglo XX y el deterioro creciente de las condiciones de vida y las oportunidades de movilidad social de amplios sectores de la población, constituye un hecho ampliamente comprobado por la literatura especializada.³

³ Este diagnóstico se apoya en estadísticas que describen detalladamente el alcance del problema en términos de variables macroeconómicas, desempleo, precariedad laboral, pobreza y desigualdad social. A este diagnóstico llegan estudios como el de FIEL (2001), PNUD-Argentina (2002), Neffa, Battistini, Panigo y Pérez, 2000; Altimir y Beccaria (1999); Beccaria (2001); Salvia y Rubio (2003), Monza, 2002, Gasparini (2005); entre otros.

Al mismo tiempo, parece evidente que el proceso ha afectado las condiciones de integración del sistema socio-económico y político-institucional. Sin embargo, cabe advertir que por mucho que este nuevo patrón de organización social pueda ser descrito y cuantificado de diferentes modos, no por ello puede inferirse un conocimiento válido sobre las consecuencias “cualitativas” que tal proceso ha tenido sobre el campo de las representaciones y valoraciones de los diferentes grupos sociales. Es decir, la estadística social y económica poco nos dice –más allá de ofrecer importantes conjeturas- en cuanto a la “cualidades” de la nueva matriz social que parece emerger de este proceso histórico. En este sentido, cabe por ejemplo preguntarse sobre la naturaleza de los entramados sociales de sentido que han hecho posible la extensión y profundización de la pérdida de integración social sin que ello haya trastocado el régimen de acumulación económico ni el sistema de dominación político-institucional.⁴

El actual paisaje metropolitano contemporáneo es particularmente rico en evidencias sobre las muy diferentes formas de subsistencia colectiva que conviven en condiciones de marginalidad: comuneros de organizaciones sociales, trabajadores de empresas recuperadas, limpiadores de vidrios, mendigos, trabajadoras sexuales, talleristas clandestinos, feriantes extralegales, vendedores ambulantes, cartoneros, vendedores callejeros, trabajadoras de servicios eventuales, entre muchos otros, constituye sólo una parte del repertorio cada vez más degradado y aparentemente segregado que presentan las prácticas colectivas o individuales de subsistencia. En general, el sujeto social reunido bajo esta colección de modos de subsistencia (pobres o marginados, sectores populares, mundo informal, etc.) ha sido definido por los estudios críticos al paradigma de la modernidad como un sujeto homogéneo –o, al menos, homogeneizable-, en tanto expresión de un sistema económico dependiente que los excluye de la modernidad.

Este trabajo, si bien se ubica en esta tradición, busca centralmente recuperar un conjunto de enfoques críticos y antecedentes de investigación que ofrecen –frente a una visión estática - un reconocimiento al carácter relacional y, al mismo tiempo, multidimensional por parte de un objeto que demanda ser descifrado en sus diferencias sociales, espaciales y temporales. Desde esta perspectiva, la marginalidad socio-económica se aleja de las definiciones que se fundan en el recorte de atributos culturales, ecológicas y/o económicos, para constituirse en un campo de relaciones más amplio, integrado a un todo que lo hace posible –y no necesariamente “necesario”-, en donde disputan y/o se articulan estrategias individuales y colectivas de subsistencia que transitan

⁴ Esta mirada del problema ha sido estimulada por Mingione (1993), el cual sostiene que las sociedades contemporáneas se diversifican cada vez más, pero que las microtipologías emergentes tienden a concentrarse en torno a dos polos fundamentales, o macrotipologías, que difieren mucho en relación a las condiciones de existencia, las posibilidades de vida y la cantidad y calidad de los recursos sociales disponibles. De esta manera, el nuevo orden social no sólo sería más desigual en cuanto al acceso a recursos materiales y simbólicos, sino también lograría un alto grado de integración gracias a los efectos socio-políticos generados por la propia polarización fragmentada del sistema social. Un mirada similar, referida a la realidad social argentina, es posible encontrarla en J. Villarreal (1997), el cual establece una nueva lógica social basada en distinciones verticales más que horizontales que se rige por una dialéctica de los distintos más que por una dialéctica de los contrarios.

por fuera -pero no de modo independiente- de las instituciones económicas y políticas dominantes. Desde este punto de vista, la marginalidad deja de ser un componente funcional del sistema social para convertirse en un modo de *funcionamiento* del mismo (Deleuze, Gilles y Guattari, 1985; Belvedere, 1997).

Al respecto, la investigación empírica ha dejado un dato consistente: si bien para algunos sectores de la sociedad es posible reconstruir procesos de desplazamiento y trayectorias de movilidad descendente durante la última década (p.e.: viejas clases medias urbanas empobrecidas formada por trabajadores asalariados y cuenta propia tradicionales), no es este el rasgo dominante de la nueva matriz social. De acuerdo con la evidencia, los sectores que dominan el nuevo escenario de la marginalidad socio-económica han acumulado dos o más generaciones de miembros impedidos de acceder a efectivas oportunidades de movilidad social. Para estos sectores estar abajo constituye un estado inercial. Por lo tanto, el mayor problema que presentan los sectores "desplazados" no es haber caído sino no poder salir de los encadenamientos socio-económicos y político-institucional que generan las condiciones iniciales de marginalidad y que se actualizan bajo las renovadas formas de subsistencia que instalan los propios sectores populares a través de sus estrategias de vida.

Por otra parte, un dato ciertamente relevante es que muchos de estos sectores, a pesar de su común condición, presentan rasgos particulares de "diferenciación". Sus propias estrategias de subsistencia y enclausamiento estimulan a la creación de nuevas formas de distinción socio-cultural. De esta manera, la expresión visible de los procesos de marginalización presenta una heterogeneidad creciente, en un orden social cada vez más conflictivo. Es en este sentido que cabe preguntarse en qué medida el factor de cambio de la actual matriz social son en efecto las nuevas formas de autogestión y organización política que surgen de la marginalidad económica, o, por el contrario, la creciente aceptación, legitimación e institucionalización que logra -a través del accionar de los propios reclamadores- el derecho a mantenerse en la pobreza y a ser pobre de otros derechos. Pero antes de entrar en este tema, cabe reconocer el escenario económico y sociolaboral donde el conflicto social emerge como un mensaje portador de sentido.

El proceso argentino: una catástrofe anunciada

La sociedad argentina ha entrado al siglo XXI inmersa en la crisis más profunda de su historia. Ello ha tenido como consecuencia inmediata el empeoramiento de los niveles de vida de gran parte de la población, conjuntamente con un incremento en los niveles de concentración de la riqueza, ambos procesos en niveles inéditos para el país. Ahora bien, si bien estas son las claves estructurales del proceso histórico reciente, no cabe confundir las consecuencias con las causas. En términos generales, corresponde reconocer dos procesos históricos estructurantes -de tiempo largo- de la actual crisis económica y social argentina. Por una parte, el renovado ciclo de expansión que experimentó el capitalismo mundial bajo la fuerza de una mayor concentración financiera y una activa reconversión tecnológica y productiva. Por otra parte, el proceso local de agotamiento, crisis y mutación que -desde mediados de los setenta- fue experimentando el régimen nativo de

acumulación y el sistema político de dominación corporativa.

La génesis histórica de esta decadencia muestra desde mucho antes las marcas de un capitalismo financiero en expansión y, junto con ello, la crisis estructural de una nativa sociedad salarial corporativa fundada en un modelo de industrialización sustitutiva. La evidencia estudiada confirma que los problemas económicos y laborales en la Argentina no son de reciente gestación.⁵ En este contexto, es posible reconocer la vigencia de dos dinámicas articuladas de deterioro social que, aunque relacionadas, surgen y participan de encadenamientos independientes:

- a) En primer lugar, la mayor concentración y especialización de los procesos productivos habrían generado el deterioro y posterior desplazamiento de amplios sectores que constituían en núcleo duro de la sociedad salarial del modelo industrial sustitutivo. Este proceso contó con el protagonismo de estrategias políticas intencionales, pero también con cambios tecnológicos y organizacionales que operaron sobre el vértice de la estructura productiva afectando los funcionamientos generales del resto de la estructura económica y social.
- b) Al mismo tiempo, la falta de renovación y dinamismo en los niveles intermedios de la estructura socio-productiva y socio-política, junto a un agotamiento de las capacidades de intervención del Estado en el marco de un sistema social cada vez más heterogéneo y conflictivo habría generado una crisis en las oportunidades de movilidad social y en las redes de inserción de viejas y nuevas generaciones de marginales estructurales y clases medias vulnerables adheridos a las promesas de la modernización.

Estos procesos de carácter estructural se agravaron con las políticas de apertura comercial, estabilización y reformas de los años noventa (tipo de cambio fijo, desregulaciones, privatizaciones y flexibilización laboral). Algunas de las consecuencias negativas de este proceso corresponde ubicarlas en la débil demanda agregada de empleo orientada al mercado interno, la baja calidad del empleo generado, la caída en los ingresos reales de las familias, el deterioro de la seguridad social y el fuerte incremento en los niveles de concentración del ingreso. Estas condiciones produjeron, a su vez, un estallido de nuevas desigualdades, cristalizadas en una estructura social más empobrecida y fragmentada, así como en una mayor debilidad del sistema social y político-institucional. (Schuster y Pereyra, 2001; Svampa, 2003, 2004; Battistini, 2002).

Algunos datos permiten ubicar mejor la problemática sociolaboral en la Argentina actual. Son casi 10 millones las personas (70% de población económicamente activa) las que sufren problemas de empleo en las áreas urbanas. Estos problemas refieren a situaciones de desocupación, trabajo indigente, empleo precario y subempleo. Si se excluye de esta situación a los que teniendo un empleo legal no buscan trabajar más horas ni cambiar de trabajo, la masa de fuerza de trabajo sobrantes asciende de todos modos a

⁵ Desde hace casi tres décadas que el régimen capitalista argentino no logra un proceso sustentable de crecimiento económico, generando esta dinámica una pérdida neta de empleos productivos, a la vez que un aumento exclusivo del subempleo y la precariedad laboral (Altimir y Beccaria, 1999; Neffa et al, 1999; Salvia y Rubio, 2002; entre otros).

casi 7 millones de personas (el 50% de la fuerza de trabajo urbana). En igual sentido, la heterogeneidad y la debilidad del mercado de trabajo se sigue haciendo evidente cuando se confirma que el 50% de los ocupados se encuentra inserto en el mercado secundario o terciario dominado por la informalidad laboral, y que el 35% de lo está en el mercado primario privado, mientras que el 15% está ocupado en el sector público.

La gravedad de la situación social, constituye un efecto directo de esta situación (como por ejemplo que más del 50% de las personas habitan en hogares pobres y el 25% en situación de indigencia). Con el objeto de precisar mejor el problema, cabe destacar algunos de los principales rasgos que enfrenta la actual estructura social del trabajo en la Argentina:

- 1) El débil crecimiento de la demanda agregada de empleo tiene lugar en un sistema productivo fragmentado, que presenta fuertes disparidades estructurales precedentes. De un lado, un polo económico dinámico que bajo la modalidad de enclave se encuentra integrado a los principales mercados mundiales y/o a mercados internos de elevada renta. En el medio viejas y nuevas clases medias profesionales, medianas empresas proveedoras para grandes firmas y microempresas de alta tecnología y de servicios especializados. En el otro polo, una economía informal inestable, apoyada en reglas de reciprocidad, obligada a una autoexploración forzada de sus activos para dar respuesta a las demandas fundamentales de subsistencia. Todavía más abajo, una verdadera "infraclase" (*underclass*), socialmente aislada, con crecimiento acelerado y que subsiste a través de actividades extralegales, prácticas laborales de mendicidad, programas sociales o trabajos ocasionales.
- 2) El desempleo y el subempleo se han convertido en un déficit estructural erróneamente explicado en términos de factores tecnológicos o demográficos o por déficit de capital humano. El núcleo duro del capitalismo argentino requiere sólo un tercio de la fuerza de trabajo disponible. Se trata de un problema que afecta a grandes masas de la población, tanto a trabajadores adultos como a nuevos trabajadores jóvenes; a la vez que los trabajadores de baja calificación constituyen un grupo particularmente vulnerable en términos de precarización laboral. Esta situación explica en primer lugar la desaparición de los tradicionales grupos de renta media característicos de la sociedad argentina. Al mismo tiempo, la emergencia de una nueva clase de trabajadores autónomos más precarios se explica por la gravedad y extensión del desempleo y la pobreza en los hogares marginados, y no por las bondades y oportunidades que brinda el sistema económico.
- 3) El mercado laboral está afectado por una fuerte segmentación social de las oportunidades de empleo y progreso socio-económico en términos de ingresos y recursos culturales; lo cual ha ampliado las brechas productivas y socio-institucionales entre el sector formal reservado a las "clases medias prósperas" y el sector informal propio de los grupos marginados y empobrecidos. Estas características de crisis de la estructura social del trabajo se presentan en forma heterogénea según la región, sus capacidades productivas y desarrollo político-institucional. En particular se agrava con la depresión de algunas economías regionales y la falta de

iniciativas de desarrollo local, tanto en el conurbano bonaerense como en diferentes zonas del interior del país.

- 4) En este contexto, no cabe sorprenderse que el déficit institucional que presenta la sociedad civil y el Estado para encarar un modelo de crecimiento endógeno y una política de regulaciones que atienda estos problemas estructurales. La raíz estructural del problema y el grado de desintegración que padece la sociedad convierten en inoperantes o, incluso, contraproducentes a los mecanismos de regulación fundados en los lazos asociativos tradicionales (regulaciones salariales, protección contra el despido, seguro por desempleo, etc.). Los institutos del Estado vinculados a la atención de los problemas de pobreza, desempleo y precariedad laboral se ven desbordados ante la magnitud de la marginalidad social y la informalidad laboral y la debilidad de la economía de mercado.

¿Empoderamiento social y nuevos artefactos de la lucha política?

En general, la literatura especializada tiende a acordar en este diagnóstico, pero un aspecto no siempre suficientemente destacado es la "naturalización" que ha experimentado el deterioro de las relaciones sociales y laborales; así como su efecto más conservador: alejar del campo político ciudadano la lucha por una mayor justicia y equidad distributiva, para trasladar el conflicto al espacio privado o comunitario de la subsistencia. De acuerdo con esta hipótesis, la clave interpretativa más importante de este proceso no sería la propagación de la pobreza y de la desigualdad social, sino la forma en que las nuevas condiciones sociales han dado origen a conflictos diseminados, los cuales al menos parecen resultar inocuos frente a una mayor concentración del ingreso y del poder político en pocos actores.

En una estructura social caracterizada por el aumento generalizado de la pobreza, la segmentación del sistema de movilidad social y la crisis de legitimidad de los mecanismos tradicionales de dominación político-corporativa, no parece dominar la lucha social por el cambio del sistema económico o político sino la puesta en marcha de múltiples modos de subsistencia. La población marginada de los mercados primarios se ha visto obligada a generar un conjunto de variadas expresiones económicas de nuevo signo a lo largo y ancho del país: microempresas familiares, emprendimientos vecinales asociativos, nuevas cooperativas de consumo, movimientos de desocupados que administran planes sociales y asisten a la reproducción social, cooperativas de trabajo que recuperan empresas y las ponen a producir, y otras iniciativas donde se dice tiende a prevalecer el fin social sobre el lucro individual.

Ahora bien, ¿en qué medida las prácticas económicas, sociales y políticas que suscitan estas formas de subsistencia son al menos la expresión embrionaria de una nueva concepción del mundo del trabajo o de un nuevo modo de construcción de organización política y social? Y, más importante, ¿en qué medida pueden tales prácticas aportar a un punto de inflexión en el proceso de dominación económica y política del capitalismo argentino? No son pocos los que suponen la emergencia de un nuevo movimiento social con pretensión de autonomía y en franca oposición a la dominante economía capitalista de mercado. Asimismo, se afirma que la generalización de estas prácticas tiende

a implicar un proceso instituyente de mutación de los lazos políticos y sociales locales-territoriales.

De esta manera, una parte de la intelectualidad progresista parece reencontrarse con la vieja utopía del *sujeto histórico*, teniendo como referente a la masa de desposeídos y desocupados olvidados por el capitalismo argentino. En esta línea interpretativa cabe ubicar la renovada valorización que se hace de la *economía social* o *economía popular*- valorando su expansión y capacidad de empoderamiento para la atención de los problemas de la pobreza o, incluso, como capital social capaz de mejora las oportunidades de desarrollo económico y humano de la población (Banco Mundial, 2001). Desde otro campo de investigación, se destacan en cambio aquellos aspectos que permitirían reconocer en esta matriz socio-económica una alternativa a la economía capitalista (Coraggio, 1994, 1998); o como procesos sociales que crean a través de la acción colectiva nuevas formas culturales de "socialización" (Schuster y Pereyra, 2001; Bialakowsky y Hermo, 2003) o de "símbolos culturales" (Masseti, 2004); o hasta incluso, una matriz alternativa de organización y poder popular (Svampa, 2003, 2004; Battistini, 2002; Rebón, 2004).

Sin desmerecer el valor político de estos modos de dar sentido a la acción colectiva, las investigaciones que respaldan estas notas parecen mostrar que, incluso, desde la propia representación de los actores involucrados, tal accionar está todavía muy lejos de poder ser asimilado a una nueva utopía del desarrollo o a un renovado tipo acción política. Estas expresiones parecen estar más asociadas a formas clásicas de informalidad o a nuevos procesos de marginalización que a una nueva matriz de organización económica, social o política (Feldman y Murmis, 2002; Salvia 2004). Al respecto, se ha señalado que estos movimientos no parecen haber surgido como una alternativa al quiebre del modelo político y económico prevaleciente, sino tan sólo como una reacción a las consecuencias sociales del mal funcionamiento del mismo (Palomino, 2004; Lenguita, 2002). En efecto, lo cierto es que lo único que la evidencia empírica ha podido mostrar es que estas iniciativas constituyen para centenares de miles de familias el principal modo de subsistencia.

Desde esta perspectiva, cabe destacar que a pesar de que las *economías de la pobreza* se hayan multiplicado en los últimos años, hayan logrado ser revalorizadas por otros sectores, produzcan nuevas formas de identidad o constituyan un objeto privilegiado de las actuales políticas públicas, el desempleo, el subempleo y la marginalidad laboral de una gran masa de población continúan siendo las formas típicas bajo las cuales se expresan tanto la mayor subordinación del trabajo remunerado a las estrategias de acumulación de capital como las condiciones necesarias para su mayor explotación presente y futura. Y esto, de manera independiente a que dicha acumulación pueda producir efectos de desequilibrio a nivel de la integración del sistema social y de la legitimidad del régimen político de dominación.⁶

⁶ A la manera en que los estudios sobre marginalidad describían esta situación hace treinta años atrás, recuperando en el escenario actual particular vigencia (Nun, Marín y Murmis, 1968; Nun, 1969, 1999). En la etapa del capitalismo monopólico - decía Nun (1969) ya en los años 60 - y especialmente en los países de América Latina, una parte de la superpoblación relativa podía dejar de cumplir la función de ejército industrial de reserva, transformándose

Una matriz contestataria marginal y fragmentada

Estas evidencias convocan a focalizar el problema en qué es lo realmente nuevo y significativo que producen estas formas de asociación y las acciones que gestan estos movimientos. ¿Nuevo sujeto histórico en búsqueda de un programa propio o actores privados de identidad víctimas de un sistema social perverso? ¿Viejas nuevas formas de reclamo y de afirmación del cambio social o prácticas instrumentales desesperadas en un contexto de creciente pérdida del valor presente de todo futuro? ¿Economías sociales en lucha por el poder o economías de la pobreza en fase de reproducción ampliada?

Para muchos entusiastas idealistas estas preguntas resultan por lo menos innecesarias, cuando no políticamente inconvenientes. Pero es preferible elaborar una tesis imprudente, incluso errada, pero factible de ser refutada, antes que un discurso que estimule la circulación de "espejismos". No porque no pueda reconocerse en las estrategias colectivas de subsistencia la expresión de un conflicto social; ni tampoco porque ellas no logren constituirse en verdaderos "laboratorios de vida", instituyentes de nuevas articulaciones socio-culturales en un sistema cada vez más multicultural (Mellucci, 1996).

Frente a lo que se afirma desde ámbitos académicos o políticos sobre el carácter "transformador" de tales iniciativas, cabe llamar la atención en el hecho de que tales prácticas de autogestión se plantean en espacios cada vez más locales, sin otro horizonte de integración que no sea el propio sector informal y los encadenamientos corporativos o clientelares tradicionales - incluida la red estatal-, y que, si bien las demandas sociales se multiplican imponiendo algunos temas a la agenda, el eje de sentido dominante de la acción sigue siendo la descarnada lucha por la subsistencia. A lo sumo, para los propios protagonistas, la economía social constituye en sus expectativas una primera estación y no la última de una estrategia que procura insertarse en un empleo asalariado "formal", para poder así lograr una largamente esperada movilidad social; por mucho que esta estrategia no encuentre asidero objetivo en las condiciones bajo las cuales funciona actualmente los mercados primarios de trabajo.

Dicho en otros términos, bajo las *economías de la pobreza* no parece florecer la "autonomía" sino una mayor dependencia del Estado, de las agencias promotoras y de las organizaciones político-gremiales promotoras de una estrategia de poder institucional. Tampoco parecen emerger de estas prácticas un nuevo tipo de conciencia colectiva u organización política ni una nueva forma de economía. Muy lejos de todo ello, surge de estas prácticas una mayor fragmentación de los espacios sociales y de los actores políticos locales involucrados. Detrás de la afirmación de "autonomía" se reproducen

en *masa marginal*, innecesaria, disfuncional y peligrosa para la estabilidad política o económica. Se afirmaba que la creciente expansión del sector informal de la economía posibilitaba que quienes integraban una masa marginal para las empresas del sector moderno (que no los requerirían por no reunir las calificaciones necesarias), podían, en cambio, ser ejército industrial de reserva para el sector informal. Pero era posible que existiera, en última instancia, una parte de la superpoblación relativa que fuera "marginal al cuadrado", es decir, afuncional y prescindente también para el sector informal. En este caso, dicha masa podría ser disfuncional y peligrosa para el sistema social.

diferentes maneras de convalidar la marginalidad social y las condiciones político-ideológicas que la hacen socialmente "aceptable".

Es en este orden de conflicto que presenta particular relevancia evaluar con capacidad crítica la salida que está teniendo la sociedad salarial corporativa, sus derivaciones en términos de fragmentación social y la emergencia de nuevas formas de segregación y precariedad en el mundo del trabajo. Siguiendo esta perspectiva, cabe destacar algunas de las condiciones que parecen dominar el escenario de la reproducción socio-económica de los segmentos que conforman la economía de la pobreza:

- a) creciente alejamiento de la estructura social del trabajo formal (dominado por los mercados primarios) y las redes asociativas tradicionales (sindicatos, partidos políticos clasistas).
- b) particular reforzamiento de los lazos familiares y comunitarios de reciprocidad como reacción y efecto de los procesos impuestos de segregación residencial y de precarización de las condiciones de reproducción social (educación, salud y previsión social); y
- c) creciente auto-aislamiento frente a los sectores medios y el resto de la estructura social dominante (mercados, circuitos y valores cada vez más globalizados) como un mecanismo de tipo estratégico-defensivo.

Este avance de la segmentación en distintas esferas de la vida social constituye una importante fuente de tensión y conflicto. En particular, debido a que la mayor parte de la sociedad argentina mantiene vigente -aunque debilitado- un ideal de progreso de oportunidades, construido históricamente a través de la generalización de fuentes de movilidad social y el acceso -aunque no universal- a robustas instituciones de bienestar. Por lo mismo, las actuales iniciativas de sectores afectados por la pérdida de sus capitales económicos y sociales, la devaluación de sus capitales humanos y el deterioro de oportunidades de movilidad social, implican la puesta en acto de una reacción contra la falta de posibilidades de movilidad, seguridad y bienestar que prometiera en su momento el modelo desarrollista del Estado de bienestar nativo.

Del mismo modo en que las corporaciones políticas, sociales y gremiales tradicionales reivindican -aunque cada vez con menor éxito- la cuota de poder y de privilegios pactados, los nuevos actores sociales demandan su particular cuota política y económica de resarcimiento histórico, reconocimiento institucional y de derechos de excepción. De esta manera, la pobreza generalizada -a la vez que políticamente movilizadora y reivindicada- en una sociedad en crisis implica una redefinición de los lazos sociales; pero no en clave de "autonomía" e "integración" sino de "dependencia" -frente al Estado- y de "fragmentación" -entre actores e intereses marginados-. De ninguna manera una anomia individual, ni tampoco ausencia o vacío de vínculos sociales.

Por otra parte, la economía social no garantiza una reparación de los lazos de integración y de los soportes perdidos por el desmantelamiento de los vínculos asociativos y corporativos del trabajo asalariado. Al mismo tiempo que la afirmación de su identidad y su reclusión sobre el espacio territorial no hacen más que profundizar la crisis de dicho orden, sin capacidad efectiva de poder

modificar las condiciones generales de dominación y dar solución a la profunda crisis del capitalismo argentino.

De tal manera que lo más destacado del actual proceso socio-político no sea el alto grado de reacción, identidad o autoorganización social que la crisis del empleo y la sociedad de bienestar generan entre los pobres, marginados y desplazados; sino los efectos de mutación que el conjunto de la situación (*desamparo + reacción*) tiende a producir sobre el orden social, poniendo en escena respuestas desde abajo que reproducen de manera ampliada y sin solución, una matriz atomizada y conflictiva de integración social.

¿Cuál es el cambio social que promueven las economías de la pobreza?

Por mucho que se busque, los actores movilizados alrededor de la llamada economía social o la autonomía económica no parecen ser agentes directos del cambio social en un sentido progresista. Ni a nivel global, ni a nivel local. En primer lugar porque sus prácticas y representaciones sirven al fortalecimiento de lazos de reciprocidad y estrategias de subsistencia competitivas en un marco dominado por la atomización de intereses y formas de organización. En segundo lugar, porque tales prácticas tienden a generar un debilitamiento -cuando no una degradación- de los derechos universales de ciudadanía a favor de demandas particulares que no convocan a un mayor progreso económico y social.⁷

Los procesos de cambio social surgen a partir de vectores globales formados por condiciones iniciales frágiles, sometidas a permanentes desequilibrios y alternativas de acción. De este modo, las soluciones pueden estar "amalgamadas" y desarrollarse una pluralidad de patrones sociales (estructuras, formas de organización y modos culturales), pero siempre dentro de un orden dinámico estructurante. En tales condiciones, en vez de un *actor privilegiado* cabe esperar la existencia de una variedad caleidoscópica de agentes de cambio (aunque no todos con igual poder). De igual modo, en vez de un *resultado homogenizador* cabe encontrar una explosión de trayectorias a partir de una distribución compleja de alternativas biográficas, sociales e históricas.

En este campo de disputa las nuevas formas contestatarias adquieren -más allá de sus estrategias e intenciones- una influencia importante sobre el cambio social. Pero lejos de ser las acciones colectivas de las *economías de la pobreza* un protagonista directo del cambio a través de sus efectos de construcción de identidad o de afirmación de autonomía, lo son en términos del *impacto de sentido* que generan tales prácticas en la opinión pública y los sectores de poder. Al respecto, cabe preguntarse ¿qué dice sin decir la existencia misma de las "economías de la pobreza"? Al menos cabe significar tres mensajes: 1) muestran el fracaso y la impotencia del capitalismo argentino para resolver los déficit de inclusión social universal; 2) desafían los límites económicos e institucionales que presenta el Estado para atender los reclamos sociales masivos, el vacío político-institucional para regularlos y la

⁷ En tal sentido, el proceso así representado convoca a pensar en un deterioro social no del tipo de la *degradación caracterial* que describe Sennett (2000) para las sociedades post industriales, sino más bien del tipo descrito como *formas de segregación* por Wacquant (2001) para el nuevo patrón de reproducción que asume la marginalidad urbana en el mundo.

debilidad de la sociedad civil para neutralizarlos; y 3) ponen en escena el potencial disponible por parte de la sociedad informal y marginada para atender su propia reproducción *al margen* o *en contra* de la sociedad estructurada.

Estos *impactos* de *sentido* amenazan y preanuncian un riesgo para la matriz dominante, tensándola en dirección a una redefinición del contrato social y del sistema de control político. Ahora bien, en los hechos tal redefinición -con el acuerdo no explícito ni conciente entre las partes- parece avanzar en un sentido claramente opuesto a garantizar los derechos humanos de igualdad de oportunidades, autonomía de acción política e integración social frente a los procesos de globalización. *La reacción dominante se centra en el reconocimiento al derecho de subsistencia bajo reglas de reclusión y confinamiento.*

Si esto es así, cuál es el valor de sobredimensionar el papel transformador ni el carácter novedoso de estas formas de reciprocidad. Ni siquiera incluso cuando tales estrategias colectivas adoptan la forma de grupo de presión o movimiento político reclamador de derechos de ciudadanía. Detrás de estas expresiones cabe reconocer demandas dirigidas a reivindicar la actualización de una incumplida modernización política, económica y social. Más allá de las prácticas "autogestionarias" y de los discursos en favor de la "autonomía", tales movimientos convocan al propio Estado como el principal actor necesario y a una variedad de actores político-gremiales y líderes sociales locales como los principales promotores del fenómeno, todos en procura de negociar la conflictividad social. En igual sentido, no debe sorprender que el Estado sea cada vez más receptivo a las demandas subsistencia y autonomía de las *economías de la pobreza*, siendo cada vez eficiente en cuanto a arbitrar en los conflictos que los propios actores plantean.

De tal manera, lo nuevo de la actual matriz social y política no parecen ser el mayor protagonismo social, sino la creciente aceptación, legitimación e institucionalización que logra -a través del accionar de los propios reclamadores- el "anti-derecho" a contar con un trabajo informal, precario y no registrado, de mantenerse en la pobreza y a ser pobre de otros derechos, a vivir en la marginalidad económica y política, a competir por beneficios o compensaciones especiales, a obtener tales beneficios en tanto se sigan las reglas de la negociación legal y el confinamiento inofensivo.

Es decir, lo importante y verdaderamente nuevo de la nueva matriz social contestataria no parecen ser el contenido de sus discursos ni las prácticas sociales que crean para sí, ni tampoco sus acciones colectivas contra el poder, sino el efecto de *sentido* que se va construyendo "fuera de ella", otorgando a los grupos dominantes la capacidad de crear una *economía política* capaz de dar salidas inofensivas a viejas demandas sociales de inclusión ciudadana.

De este modo casi perverso, tiene lugar el cambio social en la Argentina sin nuevos protagonismos ni grandes virtudes. Por ahora, nada objetiva ni cualitativamente distinto parece emerger de las prácticas colectivas de subsistencia que hacen posibles las *economías de la pobreza*.

Bibliografía

- Altimir, O. y Beccaria, L. (1999): "El Mercado de Trabajo bajo el Nuevo Régimen Económico en Argentina". En *Serie Reformas Económicas N° 28*, Naciones Unidas/CEALS, Santiago de Chile.
- Banco Mundial (2001): *World development report 2000/2001*, WB, Washington.
- Battistini, O. (coord.) (2002): *La atmósfera incandescente. Escrito políticos sobre la Argentina movilizada*. Asociación Trabajo y Sociedad, Buenos Aires.
- Beccaria L. (2001): *Empleo e integración social*. Ed. FCE, colección popular.
- Belvedere, C. (2000): "El incluso 'Proyecto de Marginalidad', en *Apuntes de Investigación* No. 1, Buenos Aires.
- Bialakowsky, A. y Hermo, J. (2003): "Dilución y mutación del trabajo en la dominación social local". En A. Bialakowsky (comp.): *Dilución o Mutación del Trabajo en América Latina*, Trabajos para el XXIV Congreso ALAS 2003, Revista Herramientas, Buenos Aires.
- Bogani, E. (2004): "De marginales y desocupados: apuntes para una nueva discusión sobre las poblaciones "exedentarias" a partir de los conceptos de masa marginal y empleabilidad". Ponencia *II Congreso Nacional de Sociología - VI Jornadas de Sociología de la UBA - Pre ALAS 2005*, FCS, UBA, 20-23 octubre.
- Boudon, R. (1984): *La place du désordre*. PUF, París.
- Castel, Robert (1997): *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Paidós, Buenos Aires.
- Coraggio, J. L. (1994): *Economía popular y políticas sociales. El papel de las ONG*. Instituto Fronesis, Quito.
- (1998): "Las redes del Trueque como Institución de la Economía Popular". En *Economía Popular Urbana: Una Perspectiva para el Desarrollo Local*, octubre.
- Deleuze, Guilles y Guattari, F. (1985): *El antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Ed. Piados, Buenos Aires.
- Feldman y Murmis (2002) "Las ocupaciones informales y sus formas de sociabilidad: apicultores, albañiles y feriantes". En Beccaria, L.; Feldman, S. et al.: *Sociedad y Sociabilidad en la Argentina de los 90*, Univ. Gral. Sarmiento- BIBLOS, Buenos Aires.
- FIEL (2001): *Crecimiento y equidad en la Argentina, bases de una política económica para la década*. FIEL-UIA, Buenos Aires.
- Fitoussi, Jean-Paul y Rosanvallon, Pierre (1998): *La nueva era de las desigualdades*, Ed. Manantial, Barcelona.
- Lenguita, P. (2002): "El poder del desempleo. Reflexiones crítica sobre la relevancia política del movimiento piquetero". En Battistini, O. (coord.): *La atmósfera incandescente. Escrito políticos sobre la Argentina movilizada*, Asociación Trabajo y Sociedad, Buenos Aires.

- Gasparini, L. (2005): *Monitoring the Socio-Economic Conditions in Argentina. Centro de Estudios Distributivos, Laborales y Sociales*. UNLP, La Plata, 2005.
- Masseti, A. (2004): *Piqueteros. Protesta social e identidad colectiva*. Editorial de las Ciencias, FLACSO, Buenos Aires.
- Melucci, A. (1996): *Challenging codes. Collective action in the information age*. Cambridge University press, Cambridge.
- Mingioni, E. (1993): *Las sociedades fragmentadas*. Colección Economía y Sociología del Trabajo, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, España.
- Monza, A. (2002): *Los dilemas de la política de empleo en la conyuntura argentina actual*. Fundación OSDE / CIEPP, Buenos Aires.
- Neffa, J., Battistini, O., Panigo, D. y Pérez, P. (1999): "Exclusión social en el mercado del trabajo. El Caso de Argentina". En *Serie Exclusión Social - Mercosur*, n° 109, Equipo Técnico Multidisciplinario, OIT-Fundación Ford, Santiago de Chile.
- Nun, J. (1969): "Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal". En *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 5, n° 2, México.
- (1999): "Nueva visita a la teoría de la masa marginal". En *Revista Desarrollo Económico*, IDES, vol 39, n° 154, Buenos Aires.
- Nun, J.; Marín, J.C. y Murmis, M. (1968): *La marginalidad en América Latina: informe preliminar*. Documento de trabajo n° 35, CIS, Buenos Aires.
- Palomino, Héctor (2004): "Las experiencias actuales de autogestión en la Argentina". En *Revista Nueva Sociedad*, n° 184, Caracas.
- Rebón, J. (2004): *Desobedeciendo al desempleo. La experiencia de las empresas recuperadas*. Ediciones Picaso / La Rosa Blindada, Buenos Aires.
- Salvia, A. y Rubio, A. (coord.) (2003): *Trabajo y desocupación. Programa "La Deuda Social Argentina" 1*. Departamento de Investigación Institucional, Instituto de Integración del Saber, UCA, Bs. As.
- Salvia, A. (2003): "Mercados segmentados en la Argentina 1991-2002". *Laboratorio. Informe de Coyuntura Laboral*, año 4, n° 11-12, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Verano-Otoño.
- (2004): "Crisis del Empleo y Nueva Marginalidad en la Argentina". En *Argumentos, revista Electrónica de Crítica Social*, n° 4. Publicación del Instituto de Investigaciones Gino Germani. Facultad de Ciencias Sociales-Universidad de Buenos Aires.
- Schuster, F. y Pereyra, S. (2001): "La protesta social en la Argentina democrática". En Giarraca, Norma (comp.): *La protesta social en la argentina*, Alianza, Buenos Aires.
- Sennett, Richard (2000): *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Ed. Anagrama, Barcelona.
- Svampa, M. (2003): *Desde Abajo. La transformación de las identidades sociales*. Introducción. Universidad de General Sarmiento-Biblos, Buenos Aires.

Svampa, M. (2004): "Cinco tesis sobre la nueva matriz popular", en *Laboratorio*, año 4, n°15, Primavera, Instituto Gino Germani, UBA, Buenos Aires.

Villareal, J. (1997): *La exclusión social*. Ed. Tesis-Norma, Buenos Aires.

Wacquant, Loïc (2001): *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Ed. Manantial, Buenos Aires.